

**HOY VIERNES 15
DE FEBRERO DE 1991**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Libre comercio trilateral

Mercados e identidad nacional

La paradójica economía norteamericana, afectada por dolencias estructurales terribles, como su gigantesco déficit presupuestal y su desbalance de pagos, sigue siendo la maquinaria productiva más potente del mundo, es el sol en torno del cual giran inevitablemente sus planetas cercanos, Canadá y México. La lógica de la geogra-

fía se ha unido así a la del comercio y del capitalismo en general para plantear el primer paso a la integración de los mercados de esos países: el acuerdo de libre comercio trilateral.

El gobierno mexicano ha fundado una de sus líneas estratégicas en conseguir ese acuerdo. Argumenta como base para esa iniciativa el que para expandir su comercio internacional, además de entrar en el GATT, México ha tenido que liberalizar sus importaciones, rompiendo el esquema de proteccionismo vigente durante largo tiempo. Esa apertura comercial ha sido objeto de fundadas críticas sobre todo por lo que hace a su velocidad, pero también en cuanto a su extensión. Pero en amplia medida se trata de un hecho consumado frente al cual, arguye el gobierno, sólo cabe buscar las debidas compensaciones de las economías extranjeras beneficiarias de nuestra liberalización. Dicho de otro modo: México dio unilateralmente pasos

que requieren ser completados con los que dé nuestro principal cliente y proveedor. Así anunciadas las cosas, pareciera que sólo obtendremos ventajas de un acuerdo de libre comercio, pues de aquel lado de la frontera, y no de este, subsisten los obstáculos a los trasiegos internacionales de mercancías y servicios, y por lo tanto allá deben ser derribadas las barreras que hasta ahora se oponen a la expansión de nuestro comercio.

Y sin embargo, tan simple y claro razonamiento, el acuerdo de libre comercio, con Estados Unidos principalmente pero también con Canadá, suscita inconformidades, desconciertos, alguna perplejidad y no escasa suspicacia. Es claro que los sectores beneficiarios del proteccionismo, y aun quienes no lo son pero se establecieron y crecieron en ese ambiente, rechazan la modificación de las condiciones en que medraron, aunque su auge hubiera sido en perjuicio de los consumidores. Tienen, además, argumentos sólidos para defender su posición, entre ellos el que concierne al empleo: la radi-

cal caída en ciertas actividades industriales, como la de los electrodomésticos, significa en último término miles de brazos desplazados y miles de estómagos enfrentados a la escasez extrema. Igualmente se incomodan ante la perspectiva del libre comercio como una economía tan poderosa y tan adelantada tecnológicamente y financieramente como la que se extiende al norte del río Bravo, quienes temen que la disparidad tan acentuada entre ambos mundos reduzca a la economía mexicana, y a sus participantes, a una condición de servidumbre. No se trata sólo de un argumento ético el que sobresalga la desigualdad que así se acentuaría entre las personas, sino de un alegato económico, pues el trabajo mexicano podría estar obligado a soportar las cargas más pesadas con las retribuciones menos gratificantes.

Otra zona de cautelas o temores está integrada por quienes perciben riesgos, inmediatos o remotos, para recursos nacionales imprescindibles para nuestra perdurabilidad como nación independiente. El gobierno de México ha insis-

tido en que el petróleo no puede ser objeto del acuerdo de libre comercio. Insospechadamente, porque su talento político podría inducir a pensar lo contrario, el secretario Jaime Serra llegó hasta a plantear la disyuntiva de que si el gobierno de Washington (o el de Ottawa, se supone también) pretendiera incluir el petróleo en el acuerdo, no se firmaría éste, a pesar del interés y la necesidad de la economía (y/o el gobierno) de México. Pero ni esa enfática declaración, ni las otras, reiteradas y de mayor jerarquía política que el Presidente de la República ha emitido en igual dirección, alcanzan para borrar las prevenciones de quienes saben que el gobierno de los Estados Unidos es capaz de todo con tal de ser el rector de la producción petrolera en el mundo, como lo muestra de modo inequívoco la guerra del Golfo.

Otras cautelas conciernen a la identidad nacional. No estaría en riesgo, como no lo está en las fronteras, avanzada del libre comercio. Pero sufriría embates mucho menos resistibles que los que hasta ahora ha soportado.